

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

Sección Oficial

En contestación al telegrama remitido por la ACADEMIA CALASANCIA al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública, D. Manuel Allendesalazar, solicitando la derogación del R. D. dictado por su antecesor el Excmo. Sr. Conde de Romanones prohibiendo la enseñanza del Catecismo en lenguaje diferente del castellano, ha recibido esta Presidencia la siguiente carta:

«El ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

»Sr. Presidente de la ACADEMIA CALASANCIA.

»Muy Sr. mío: Enterado de los deseos de la Academia de su digna presidencia y que se sirve indicarme en su telegrama de 7 del corriente, le participo que los tendré muy en cuenta y que haré cuanto me sea posible por satisfacerlos.

»De V. atento y S. S.

Q. B. S. M.

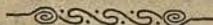
Manuel Allendesalazar

Diciembre, 16, de 1902.»

Lo que se participa á los señores académicos para su conocimiento.
Barcelona 20 de Diciembre de 1902.

EL PRESIDENTE,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

EL SECRETARIO,
ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.



El domingo 11 de Enero se reunirá la ACADEMIA CALASANCIA en sesión privada en la cual continuará el Dr. D. Manuel Parés y Bartra, el desarrollo del tema: «Lepidópteros regionales» con la presentación de los ejemplares de su colección.

Lo que se anuncia para conocimiento de los señores académicos.
Barcelona 20 de Diciembre de 1902.

El Presidente,
JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,
ANTONIO BRUNA DANGLAD

EL SAGRADO CORAZÓN EN EL TIBIDABO

ALOCUCIÓN

Un hombre providencial que en nuestros mismos días visitó esta Ciudad, el Venerable D. Bosco, cuya obra Salesiana con su prodigiosa fecundidad y admirables resultados es la mejor demostración del carácter divino de su misión, concibió el hermoso pensamiento de levantar un Santuario al Sagrado Corazón de Jesús en la cima del Tibidabo, el punto más alto de la cordillera de montañas que, según la poética expresión de Verdaguer, *son las murallas dadas por Dios á la Ciudad de los Condes*, calificada por Cervantes, *de Archivo de la cortesía y en sitio y belleza única*.

Aquella idea no cayó en terreno estéril y los hijos del inmortal D. Bosco, después de haber dedicado la montaña al Sagrado Corazón de Jesús, se disponen hoy á realizar el pensamiento de su fundador, y con tal objeto acuden á la piedad de todos los Barceloneses y en especial á los devotos del Sagrado Corazón, tan interesados siempre en acrecentar su culto.

Barcelona que por el desarrollo de su población y su crecimiento industrial y mercantil es hoy una de las primeras ciudades de Europa, no queda atrás tampoco en la importancia de sus manifestaciones en el orden religioso, como lo demuestran el gran número de sus edificios é instituciones dedicados al culto divino y al ejercicio de la caridad, hecha por amor de Dios, para el socorro de todas las necesidades de la vida humana y recientemente ha dado ella otra prueba con la grandiosa celebración de las fiestas jubilares de S. S. el Papa León XIII.

En el presente año la inauguración de las obras del Santuario puede ser el último acto de aquellas fiestas solemnísimas y el mejor monumento, para los tiempos venideros, de la piedad de Barcelona en los comienzos del siglo xx.

Santificar la montaña del Tibidabo que, según la frase del poeta antes nombrado en su «Oda á Barcelona,»

Es la superba acropolis que vetlla la Ciutat

dedicándola al Adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse á Dios por parte de Barcelona de las ofensas de toda clase que contra Él se cometen en nuestra ciudad, y al mismo tiempo la obra más simpática que puede proponerse á la piedad de los fieles.

El Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo, que por su altura y situación domina todo el llano de Barcelona y se divisa desde largas distancias, se alzará allí como Faro que ilumine las inteligencias, Imán que atraiga las voluntades, Mediador Divino entre Dios y los hombres, Volcán de caridad á cuyo calor recobre nueva vida la sociedad helada por el frío materialismo y eficazísimo Pararrayos, que desarmando los de la divina Justicia irritada por nuestros pecados, los convierta en centellas de misericordia, que conmuevan y enciendan en su amor á todos los hombres.

BENDECIRÉ LAS CASAS EN QUE LA IMAGEN DE MI CORAZÓN SEA EXPUESTA Y HONRADA, ha dicho el Divino Salvador: por donde puede esperarse que, si Barcelona honra de tal suerte al Déifico Corazón, no han de faltarle sus bendiciones y con ellas la paz que hoy no tiene y de que tanto necesita, así en el orden moral, como en el social y el político para la tranquilidad de los espíritus y la prosperidad de los mismos intereses materiales.

Las asociaciones Católicas y especialmente los Apostolados de la Oración, aquí tan florecientes, tienen en el mencionado proyecto ancho campo para demostrar su celo por los intereses del Sagrado Corazón, contribuyendo ahora á la edificación del Santuario y haciéndolo luego centro de piadosas romerías y otros actos del culto.

Una limosna pues, católicos, para el nuevo Montmartre de Barcelona, y al levantar con ellas por encima de la Ciudad la Imagen del Redentor de los hombres, pidámosle que para bien de todos se realice entre nosotros aquella su consoladora promesa.

CUANDO SEA LEVANTADO SOBRE LA TIERRA ATRAERÉ HACIA MÍ
TODAS LAS COSAS.

SALVADOR CARDENAL CASAÑAS,

OBISPO DE BARCELONA.

El Inspector de las Casas Salesianas, Antonio Aime, Presbítero.—Por el Cabildo Catedral, Martín Robert y Jaime Almera, Canónigos.—Por el Cabildo de Párrocos de Barcelona, Manuel Terradas y José Ildefonso Gatell, Presbíteros.—El Párroco de San Vicente de Sarriá, Vicente Estadella, Presbítero.—Por las Conferencias de San Vicente de Paúl, Delfín Artós.—Por el Apostolado de la Oración instalado en San Jaime, Ricardo Cortés, Canónigo.—Por el Apostolado de la Oración del Seminario Conciliar, Juan Ballester, Presbítero.—Por el Apostolado de la Oración de las Escuelas Pías de Sarriá, José Llauradó, Pbro., Escolapio.—Por la Asociación de Católicos de Barcelona, el Marqués de Dou.—Por la Juventud Católica de Barcelona, Juan de Dios Trías.—Por la Pía Unión de San Miguel Arcángel, Ramón de Valls y de Barnola.—Por el Apostolado de la Oración de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Luis de Barnola.—Por la Real Archicofradía de la Guardia y Oración al Santísimo Sacramento, Francisco Cabot.—Por el Apostolado de la Oración del Parque, Juan Ramón García, Pbro.—Por el Centro Moral Instructivo de Gracia, Cayetano Pareja.—Por el Círculo Barcelonés de Obreros de San José, Juan Martorell.—Por la Asociación Reparadora de Pío IX, Juan García, Pbro.—Por el Patronato de San José, Policarpo Pascual.—Por la ACADEMIA CALASANCIA, Juan Burgada.—Por la Sociedad Médico Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, José Blanc.—Por el Centro Moral de San Francisco de Paula, Delfín Donadiu.—Por el Circol Artístich de San Lluch, Juan Llimona.—Por el Apostolado de la Oración de San Vicente de Sarriá, Antonio Xiró, Pbro.—Por la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, José M.^a Pujó.—Por la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento, Jorge Anguera.—Por la Academia de la Verge de Montserrat, Antonio Montañola.—Por la Federación de Cooperativas Católi-

cas, José Montagut.—Por el Centro de Nuestra Señora del Carmen y San Pedro Claver, Rafael Biada.—Por el Centro Obrero de Nuestra Señora de Montserrat en la Barceloneta, Mariano M.^a Montobbio.—Por el Centro de San Pedro Apóstol, Francisco Codina, Pbro.—Por las Conferencias de Nuestra Señora de Belén, José Forn, Pbro.—Por la Academia de los Santos Justo y Pastor, Francisco Payés.—Por el Centro Angélico de Hostafranchs, Salvador Pijoán.—Por el Centro Católico de Sans, Pablo Soler.—Por el Instituto de San José de Sarriá, Luis Farreras.—Por la Juventud Católica de San Andrés de Palomar, Antonio Guardia.—Por la Junta de Cooperadores Salesianos, Manuel M.^a Pascual.—Dionisio Cabot.—Carlos de Fontcuberta.—El Marqués de Juliá.—Manuel Girona y Vidal.—Enrique Sagnier.—Bernardo Vergés, Presbítero.—El Marqués de Alós.—Joaquín Sagnier.—Gustavo M.^a de Gispert.—Ignacio de Foncuberta de Sentmenat.—Joaquín Rivera.—Modesto Hernández Vilaescusa.—Luis Martí-Codolar y Pascual.—José Luciano Prat.—José M.^a Pascual y Serra.—Por las Cooperadoras Salesianas, Isabel Serra, viuda de Gispert.—Consuelo Pascual de Martí-Codolar.—Baronesa de Salillas.—Marquesa de Juliá.—Rosa Vilar, Vda. de Juliá.—Marquesa de Alós.—Dolores Serra, Vda. de Pons.—Marquesa de Castellar.—M.^a Jesús Serra, Vda. de Pascual.—Dolores Calvell.—Angeles Calvell, Vda. de Martí.—Josefa Castelló, Vda. de Chopitea.—Isidra Pons de Pascual.—María Goytísolo de Ferrer.—Victoria Robert de Baster.—Josefa Trenor de Pascual.—Magdalena Puig de Benessat.—Josefa Pou de Oller.—Carmen de Togores de Sitjar.—Elvira Rabassa, Vda. de Villavecchia.—Soledad Pascual de Bofill.—Vicenta Llenas de Solá.—Dionisia Cabañeras.—Mercedes Buhigas.—Pilar de Gispert de Llimona.—Paulina Soler y Díez.—Carmen Sanmartí de Macaya.—Asunción Rosés.—María Paredada.—Peregrina Benet.—Ana Castelló de Casademunt.—Mercedes Basols de Miquel.

Los donativos se reciben en la Secretaría de Cámara del Obispado; en la Secretaría de la Asociación de Católicos, Canuda 31; y en las Escuelas Salesianas de Sarriá.

EL PERIODISMO, SEGÚN D. TEODORO BARÓ

(CONCLUSIÓN.)

Sí, aun hay más en la prensa, porque también existen periódicos que matan las almas y los cuerpos, lanzando á la juventud al desenfreno de las pasiones, que excitan con escritos y avivan con dibujos, que inspirarían asco insuperable, si no fuese aún mayor el que causan los industriales sin conciencia que buscan los medios de subsistencia en la podredumbre. No podemos decir con Dante:

Non ragioniam di lor, ma guarda e passa,

porque se exhiben con el cinismo del que ha perdido el decoro, y con él toda la noción de lo bueno y de lo malo. Al recordar la tal prensa y otra que busca el interés en el chisme, la sensación en la injuria, y el éxito, y por tanto la venta, en la risotada que el grosero chiste arranca al imbécil, y en el ruín placer que la disdicha ajena le produce; si no hay motivo para renegar de la invención de la imprenta, en cambio lo hay para llorar los males y postración de una sociedad que no tiene fuerzas para rechazar á quienes la afrentan y deshonoran. A estos periódicos puede aplicarse la elocuente exclamación de Bossuet: «Todo lo elevado ha desaparecido: todo es cuerpo, todo es sentido, todo está embrutecido y completamente á tierra;» y también estas palabras de un publicista francés, al decir que el periódico provoca la caída desde las alturas de la sociedad, hasta llegar al nivel de todo lo vergonzoso y servil, en provecho de las pasiones. Chaudon decía en el siglo XVIII, que «escribir en estilo libre es indecoroso y faltar al respeto al periódico.» Presentar ciertas cosas al lector, equivale á «suponerle sin pudor y sin recato.» Hay periodistas que suponen la existencia de tales lectores, y con tristeza hemos de convenir en que la suposición no debe ser infundada, pues sus periódicos se sostienen, lo que prueba que hay quien los compra para leerlos. Ingratos seríamos si del mal

que lamentamos hiciéramos únicamente responsable á la prensa, porque si esto pasa, es porque hay quien gusta de lo pecaminoso, pues si el público no comprara los tales periódicos, no se publicarían. ¿De qué sirven las leyes, si todos y cada uno no cumplimos la ley interna que el dedo de Dios ha escrito en nuestra conciencia? Si faltamos á la ley moral fomentando semejante prensa, comprándola y leyéndola, ¿cómo hemos de buscar defensa en la eficacia de las leyes humanas? Otros países han padecido el mal que lamentamos, pero el hierro ardiente del desprecio público ha cauterizado la llaga social.

¡Cuán lejanos nos parecen aquellos tiempos en que un catalán ilustre, á quien no nombro por motivos ya indicados, á los que con violencia mi respeto y cariño se sujetan; con asombrosa profundidad y claridad admirable, dilucidaba graves cuestiones y sentaba principios, que aun hoy constituyen un cuerpo de doctrina acabado é irrefutable, porque tiene por fundamento las bases de la sociedad cristiana!

Y no era él sólo, porque en aquel entonces el periodista se llamaba Balmes ó Piferrer, ó Roca y Cornet, ó Coll y Vehí ó Aribau ó Illas y Vidal ó Cortada, á quienes de vez en cuando se unía Milá y Fontanals.

Señores: detengámonos para saludar estas colosales figuras que han desaparecido. Entonces los periódicos se publicaban para defender ideas, y por ellas y para ellas escribían los hombres eminentes que he citado, y muchos otros que han dejado rastro luminoso en la prensa; había calor, entusiasmo, casi siempre pasión; pero los errores y las faltas eran más del entendimiento que de la voluntad. El artículo llegaba á las masas, sacudía al pueblo español; y en aquella época, en que teníamos fe en el porvenir de la patria y no habíamos renegado del Cid ni del Quijote para quedarnos con Bellido Dolfos y Sancho Panza, había calor en nuestra sangre, vigor en nuestros corazones, esperanzas en nuestras almas, y se discutía con vehemencia, propia de la ilusión, si se quiere; pero la ilusión es el

último esfuerzo del que no quiere ser vencido por la desgracia; es la rebelión del alma contra la materia; es el chispazo de luz que rasga los tenebrosos velos del dolor; es la voz que viene de lo alto y nos dice: ¡Espera, confía, lucha! Más vale vivir de ilusiones que morir asfixiado por faltarnos el oxígeno de la esperanza. Quien no tiene esperanza, prescinde del alma; quien prescinde del alma, queda reducido á la materia. Yo no quiero vivir la vida de la materia, porque es vivir de podredumbre y en la podredumbre.

También he alcanzado aquel período; pero no digo con Jorge Manrique:

Cualquiera tiempo pasado
fué mejor,

porque creo en el progreso y en el progreso confío; pero en el progreso basado en la ley de Dios. Repito con Dante

Nessun maggior dolore
Que ricordarsi del tempo felice
Nella miseria;

mas al acordarme del tiempo feliz en las miserias presentes, no es para llorarlas, sino para abrir el pecho á la esperanza, porque no puedo ni quiero dudar del porvenir de España.

Triste es su situación, si de ella se juzga por la de la prensa, dado que sea cierto que ésta refleja el estado del país; porque vivimos aislados y apartados de las grandes cuestiones y damos colosales proporciones á las pequeñas, concediendo á las personas la importancia que sólo tienen los principios. En literatura hemos retrocedido á las novelas francesas, que son las que proporcionan material para los folletines, y se publica como novedad aquello de que en Francia ya nadie se acuerda; en política nos limitamos á tratar del chisme del día; y de ciencias, no hay que hablar. Pero si miramos bien; encontramos algo que consuela y anima, porque algunas empresas periodísticas abren de vez en cuando concursos literarios y artísticos, y

en medio de la garrulería, no faltan periódicos que en el buen sentido se inspiran y cuidan de dirigir, en vez de ser arrastrados. Esta es la misión de la prensa: dirigir.

La misión del periodista es difícil y pone espanto en la conciencia, porque lo que escribe, labra, como *fodit lapidem* la gota de agua; él es responsable del bien ó del mal, porque á la mágica influencia que ejerce la letra impresa, se une la costumbre que se adquiere, sin darse de ello cuenta, de asimilarse el criterio que sobre todas las cuestiones emite el periódico, con lo cual el suscriptor se ahorra el trabajo de formarlo; y aún al que piensa por cuenta propia, le es muy difícil librarse de la influencia de la lectura cotidiana de su diario. Si antes de verter sus ideas en las cuartillas, que de ellas pasarán á la imprenta y de allí se esparcirán por todas partes, reflexionase el periodista que lo que dice será leído y dejará un trazo, por leve que sea, en la inteligencia de los lectores; trazo que con la repetición se irá ahondando hasta formar surco; si recordase que, según sea el surco, por él correrán las ideas, y que de él depende el modo de ser moral siempre, y á veces también material del individuo y de la nación; si recordase que esa hoja que se llama periódico, tan leve que el menor soplo la levanta, y tan frágil, que sin esfuerzo lo rasga un niño, es más destructora que la acción de los siglos y de la dinamita, pero que, al mismo tiempo, puede convertirse en una potencia regeneradora, más que extraordinaria, estúpida; el periodista cuidaría de realizar su labor con aquella seriedad del hombre que comprende la importancia de su misión y no quiere cargar su conciencia con tremendas responsabilidades.

Hablo del periodista que tiende á desaparecer, absorbido por el periódico. Antes lo era todo, ahora no es nada; pues la individualidad se funde en la entidad. El periodista de hoy es un resto de otra época, y hemos tenido la desgracia de perder al que para mí era un tipo perfecto, y también debió serlo para vosotros. Nombre á D. Juan Mañé y Flaquer porque se que todos, como yo, le tenéis en

vuestros corazones y en vuestra memoria. Al evocar su recuerdo, revive el varón ilustre, grande por su modestia, por su desinterés admirado, de todos respetado por la firmeza y sinceridad de sus convicciones, leído y comprendido hasta por el vulgo, por la claridad y sencillez con que exponía sus ideas, importándole mucho el fin que se proponía alcanzar, nada la impresión momentánea; de quien se podía decir, recordando á Bayardo, que era un periodista sin miedo y sin mancilla. Sus cualidades positivas eran extraordinarias, pero aun lo era más la negativa que le caracterizaba: no tenía miedo á la opinión ni á la prensa. Para ser buen periodista, la primera condición es no tener miedo á los periódicos. ¿Cuántos la poseen? Muerto Mañé, podemos contestar que nadie, sin que haya quien pueda darse por ofendido, pues yo no pretendo formar excepción.

— ¡El miedo á la prensa! Por él fuimos al desastre, pero no ciegamente, porque el Gobierno sabía á donde le empujaban los periódicos; pero fué por temor á la prensa. ¡El miedo á la prensa! Si queréis saber hasta donde puede llegar, leed *La Revolution*, por Charles d'Hericault, y veréis que en Francia, Desmoulins fué en la prensa el farsante que todo lo degradaba; el obsceno Hebert manchaba lo que primero había degradado, y el feroz Marat exterminaba lo que los otros habían deshonorado. Hebert decía en el *Pere Duchesne*: «¡Ah! el gran público del *Pere Duchesne*, que con sus ojos ha visto la cabeza del *Veto* hembra separada de su cuello de cigüeña.» El diario estaba escrito en términos inmundos, pero á principios de 1794 no había una mujer que se atreviese á no tenerlo en la mesa de su salón, ni un convencional que osase entrar en la Asamblea sin llevarlo en la mano. El miedo á la prensa fué causa del desastre é impide la regeneración de nuestra España, tanto más querida cuanto más desdichada, porque bien saben los hombres políticos qué es lo que hay que hacer para que la patria pronuncie el *Surgam!* salvador, pero no se atreven por temor á la prensa; y así estamos re-

ducidos á usar de la libertad de hablar y de escribir, olvidando la de obrar y gobernar, lo que es prueba de decadencia.

No seré yo quien niegue el poder de la prensa, porque negarlo es prescindir de una de las más poderosas fuerzas de la sociedad moderna, que merece ser estudiada para aprovecharla en bien del progreso; pero de ese progreso que de Dios procede, que á Dios sirve y que á Dios devuelve al hombre. Sin miedo á la prensa debemos condenar sus extravíos, pero no movidos á la censura por hechos accidentales, sino fundándonos en principios eternos. En Inglaterra cayó en tanto desprestigio, que llegó á ser oficio vil el del periodista, á lo que se debe que hoy haya en la Gran Bretaña grandes periódicos, pero no hay periodistas grandes ni pequeños, porque aun subsiste en las costumbres británicas el desprecio á la profesión, debido á los desmanes de la prensa, á los que más que las penas, puso correctivo la opinión pública, obligando á los periódicos á ser lo que hoy son. El periódico es hoy una necesidad: si la masa que constituye el público siente la del escándalo, le dará escándalo; pero si siente lo del decoro, le dará decoro, porque la prensa es lo que el público le consiente que sea. Más eficaz que las leyes es el desprecio de la opinión y su apartamiento del periódico que no sabe respetarse ni respetar. Es muy curioso el espectáculo que con demasiada frecuencia, por desgracia, nos ofrecen ciertas publicaciones, pues en ellas escritores corteses y morigerados en su trato, se atreven á decir en letras de molde lo que ni siquiera osarían pensar en el seno de su familia ni balbucear en sociedad. No parece sino que todo lo ilícito en la vida privada sea lícito en la periodística. En estos casos tiene aplicación lo que decía... ¿Un reaccionario enemigo de la libertad de la prensa?... No, Gambetta, de ella entusiasta, quien exclamaba dirigiéndose á los Magistrados franceses: «Cuando no se ejerce la profesión de periodista por el honor, se ejerce por el dinero. Si queréis dar donde duele, obligad al cumplimiento de sus deberes á los

que se asocian y se coligan para calumniar, mediante dinero contante, la reputación de las personas honradas. Si queréis que las costumbres no degeneren, que no se reniegue de la libertad de la prensa; que, sin distinción de color, los hechos, las discusiones y las controversias sean nobles y fecundas, acordaos, cuando comparezcan ante el Tribunal esos hombres, de que no debéis enviarlos en la cárcel, sino herirlos en el bolsillo, porque en el bolsillo está su sensibilidad.» El fogoso tribuno calificó á ciertos periódicos de «barcos corsarios,» cuyos armadores saben tarifar lo que costará un proceso, pero antes calculan «lo que vale la reputación de tal ó cual, que se proponen manchar.» No he tenido términos tan duros como Gambetta. Pero, existen tales periódicos? Si, existen. Se dirá que algunos no ofenden, calumnian y difaman para sacar dinero de la víctima. Cierto, pero lo sacan del público por medio del escándolo, y la cosa resulta igual. Una cita haré que no rechazarán ni siquiera los que sólo admiten la libertad sin justicia: es de Zola, quien fustigó á los bufones de la prensa. Dice de ellos: «Hacen una mala obra, cuando tratan, por razón del oficio, de ridiculizar las cosas más serias y respetables... Los que alardean de ingeniosos se ven forzados por su papel, que consiste en entretener, á ponerse siempre detrás de la muchedumbre, porque deben provocar las risotadas del mayor número. Son los presidiarios de la alegría universal... Les es preciso convertirse á sabiendas en brutos... Su ingenio, que se demuestra por medio del trampolín y la voltereta en las ideas y en las palabras, ha falseado nuestro periodismo.»

Perdonadme la pesadez, pero siento la necesidad de justificar con el criterio ajeno el que os he expuesto. Don José Luis Albareda escribía con motivo de una ofensa que le infirió un periódico: «Ha dicho tales cosas de personas de ambos sexos, que merecen la universal estimación de personas bien nacidas, que los juicios más denigrantes en sus columnas hay que considerarlos como ejecutorias de honradez.» Véase como uno de los más leídos diarios ma-

drileños califica el moderno periodismo español: Dice de él que «convertido hoy en un oficio, no suele ser el periodista el defensor convencido de una idea, sino el dependiente de una empresa que le paga, no para que escriba lo que él piensa, sino lo que ella quiere... El periodista de nuestros días es—hay excepciones, aunque pocas—como el comediante: desempeña el papel que le reparte el empresario.»

Convertido el periódico en empresa industrial, y el periodismo en oficio, el producto ha de ser mercancía, que se fabrica para forzar la venta, unas veces á costa de la moral, otras del patriotismo, muchas del decoro y con frecuencia de la cortesía. Pero el periodismo no es, no debe ser, no puede ser esto. Pesan sobre él las desgracias que nos abaten, la anemia que nos aplana, la neurastenia que nos agita; pero el ejemplo que nos dan muchos periódicos y revistas con su cordura y elevación de miras, nos permite afirmar que la prensa española terminará su evolución, y acabará toda ella por ser respetada, cuando encuentre un público que se respete; pues ya hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: la causa del desprestigio de la prensa está más en el público que en el periódico. Terminó exclamando: no os apene la idea de que para vergüenza de esta generación pasarán á las que nos sucedan las piruetas de los bufones y los desmanes de los cínicos de la prensa; no os preocupe el temor de que, como Mahoma al Dante, les enseñen *il tristo sacco* lleno de inmundicia; porque la experiencia nos ha demostrado que los materiales que hoy se emplean para el papel destinado á periódicos, no tienen consistencia, no tienen duración, y dentro de un siglo nada quedará de ellos. Es un consuelo para nosotros, y una ventaja para los que vendrán después.

HE DICHO.

LA CIEGA DE LA MONTAÑA

Días ha, apretada y continua y caía la nieve sin tregua ni descanso.

Los valles y las alturas, matizados antaño con las mil tonalidades de las praderas y de los bosques, se cubrían de uniforme manto de blancura, interrumpida tan sólo por las negras manchas de los riscos, que allá arriba, en las cumbres de la cordillera, destacaban sus recias masas, pues los niveos copos resbalaban sobre sus paredes cortadas á pico y pulimentadas por el viento y el agua, sin conseguir hacer en ellas presa, ni cubrirlas con su grácil nitidez.

Soplaba la ventisca helada empujando ante sí las masas de nieve, silbando y rugiendo en las encrucijadas de las callejuelas, como monstruo viviente que desde lo alto de las hoces abatiera su vuelo cargado de hielo, preñado de muerte, sobre las pobres chozas de la aldea solitaria, agarrada á la falda del monte con desesperado esfuerzo para no rodar peñas abajo, arrastrada en los torbellinos de la tormenta, hasta parar en el cauce del torrente, que crecido por las nieves rebotaba bramando de lastra en lastra, de risco en risco, por su escalonado cauce, allá en el fondo del estrecho valle.

En las miserables viviendas, los contados moradores del pueblo se agrupaban en torno de las lumbres que en los inmensos hogares de *campana* ardían; para librarse en lo posible de las ráfagas heladas que, filtrando por las rendijas de las mal asentadas puertas ó por las rotas contraventanas, llegaban hasta azotar sus espaldas, apretábanse unos contra otros para guardar el calor de sus cuerpos y para disipar la tristeza en que los aullidos de la ventisca y el golpear de la nieve en las ventanas empapaba sus almas, estremeciéndolas, á la par que el frío sacudía en rítmico tiritar sus cuerpos.

Los trozos de encina chisporroteaban en el hogar, á cuyo hospitalario calor nos habíamos acogido, sorprendidos por la nieve en plena montaña; los haces de llama iluminaban con sus inquietas y rojizas lenguas la obscura cocina, y de cuando en cuando un nudo de la madera estallaba al arder con seco

chasquido, esparciendo por el hogar una lluvia de incandescentes centellas, que en rápida extinción venían á morir á nuestros pies. Entonces el anciano pastor que hospitalidad nos diera bajo su techo, contó, con voz que la emoción hacía aún temblorosa, la milagrosa salvación de su hija ciega, durante la gran nevada de Marzo del año anterior:

La ciegucecita llevaba su rebaño al pasto más próximo, pues conocía el camino como si viérale con los ojos que le faltaban, y además, sus ovejas eran seguros guías cuyas esquilas envolvían con su alegre sonar las canciones de la montaña, que la voz clara de la niña entonaba al cruzar las praderas ó al seguir las estrechas callejas cubiertas de espinos y zarzas.

Cuajados de violetas estaban los campos, y la flor de las flores abría sus coloras perfumadas aun en los mismos ricos en cuyas oquedades el viento acumulara un puñado de tierra.

Engalanada volvía á la ciegucecita del campo; de violetas, sus flores queridas, cubría su pecho; engarzábala entre sus rizos dorados, y al llegar á la choza rodeaba con sus humildes flores la imagen aquella del Angel de la Guarda que jamás ella había visto, pero que ante los ojos de su fantasía, iluminada por la fe, aparecía radiante de hermosura y de bondad, muy grande y muy blanca, cobijando bajo sus nítidas alas, estrechando en sus protectores brazos, á los niños, ángeles de la tierra.

* * *

Caía la tarde de un día en que, como de costumbre, regresaba la niña del campo conduciendo sus ovejas; los muertos ojos de la ciegucecita no veían, allá en el cielo altísimo, los purpúreos reflejos de los postreros rayos crepusculares que reflejándose en las nubes, antes sombrías, teñidas ahora de sanguinolentos tonos, daban al paisaje montañoso al triste aspecto que precede á las grandes tormentas, en tanto que los seres y las cosas parecen afianzarse, asirse á la tierra para luchar contra los desencadenados elementos.

Las primeras ráfagas del viento de las tormentas jugueteaban con los rizos de la chicuela, haciéndolos volar sobre su

frente blanca y pura; poco á poco crecióse el ímpetu del viento, hízose éste helado y cortante como un acero, los nubarrones se acumulaban sobre el horizonte, las luces del crepúsculo se apagaron. Comenzaron á revolotear en el aire algunos copos de nieve, raros al principio, más nutridos luego, que fueron cayendo sobre la florida campiña; fundiéronse entre las corolas de las violetas los primeros, más cayeron con tal denuedo y arreció tanto la nevada, que bien pronto desapareció bajo el blanco é inmaculado manto la incipiente vegetación primaveral.

La noche había envuelto en tinieblas la montaña silenciosa; tan sólo el aullar del huracán hacía repercutir sus tétricas notas por valles y cañadas, y la ciegucecita no había vuelto aún á la pobre choza de su mísera aldea

Asió el viejo pastor su nudoso garrote, y encorvado ante la cellisca y luchando contra la tormenta, encaminóse al monte. Su voz apagada por los años esforzábbase en gritar con notas que en vano su alma quisiera hacer poderosas, el nombre querido de la niña; la nieve amortiguaba la llamada, nada ella respondía.

Llegó á la cumbre; desplegaba la ventisca todo su esfuerzo, pero entre sus silbidos creyó el viejo oír el sonar de las esquilas; marchó hacia el sitio en donde tal oyera; pronto, á muy pocos pasos, vió el rebaño, que, cegado por la nieve, caminaba sobre el borde del barranco, en cuyo fondo rugió el torrente; un paso más, y la niña rodaba por la tremenda pendiente, destrozándose su cuerpo sobre los riscos del abismo. El terror paralizó los miembros del anciano, ni fuerzas para gritar quedaronle; la niña avanzó, cayó; su manc buscó en la caída un punto de apoyo en la nieve blanda, que cedió ante su esfuerzo, descubriendo una mata de violetas crecidas en el borde del barranco.

Crispados los dedos de la niña, asiéronse á las débiles corolas que un soplo quiebra y que firmes sostuvieron el cuerpo de la ciega durante un instante, en tanto que, convulsos los brazos del pastor, asieron en un sobrehumano esfuerzo á la hija salvada.

Terminó el viejo su narración; corrían sobre sus mejillas arrugadas y curtidas, lentas, sublimes lágrimas, y en el hogar ardía la leña con alegre chisporroteo, desparramando mil centellas que extinguíanse con seco chasquido, en tanto que la choza entera crujía bajo el empuje de la tormenta.

ANTONIO G. DE LINARES

¡NAVIDAD!

(Á VUELA PLUMA)

I

Con gritos de un placer y alegría inexplicables, como inexplicable es para ellos el goce que experimentan, anuncian los pequeños la festividad del Nacimiento de Jesucristo, y los grandes, los mayores, los que han llegado á ser hombres sienten renacer en sus almas una emoción santa que les conmueve el corazón y humedece los párpados.

¡Qué hermosa y grande es esta festividad! No hay lugar por pequeño que sea, ni pueblo, ni nación la más fabulosa é importante que en este día no despierta sus sentimientos cristianos ante la sublimidad de lo que representa.

Su llegada sólo puede compararse al consuelo que se prodiga al desgraciado, al salvador que se lanza en un peligro eminente... alegra nuestras almas, alivia sus penas y la fortaleza para el porvenir.

El cielo que en los días precedentes suele por lo regular estar nublado y entristecido por la enferma naturaleza se muestra alegre, esplendoroso, sereno; y elevando nuestros espíritus á la eterna región de los justos parece entonar un canto sublime de amor...

¡Navidad! ¡Navidad!... He aquí del modo que expresamos el regocijo que llega á nuestras almas como las gotas de rocío en el cáliz de una flor... y he aquí las palabras que encierran la existencia de tantos siglos... el nacimiento, la vida y la

muerte del Rey de los Reyes... el principio de la historia de la Religión cristiana...

Todos la conocemos... todos la admiramos... todos la queremos... y sin embargo sentimos en este día como se impelan febrilmente en nuestra imaginación sus vivos recuerdos, como sube el colorido de sus escenas, como nuestras fuerzas desfallecen á la par que se vigorizan con la llama del puro amor.

II

Vemos como el orgullo, la vanidad y el despotismo de un tirano que sometía bajo su yugo cien y cien pueblos de costumbres tan perversas como su señor, es la causa de que en un pobre y mísero pesebre naciera el Niño Dios despojado del esplendor y gloria que como Rey del mundo entero le perteneciera.

A la anunciación de este acontecimiento comunicada primeramente á los más rústicos ciudadanos de Betlhem, á los sencillos pastores que vigilan como pacen sus ganados entre las fértiles llanuras y verdes montañas del alrededor... y vemos y oímos al coro de ángeles que llenos de una luz intensa rasgan el velo de las nubes del cielo cantando: «Gloria á Dios en las alturas y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Contemplamos á Roma, la nación más altanera, el imperio más soberbio y asaz ruín temblar por la pérdida de su poderío. A Augusto el Emperador escuchar, inquieto y apesarado, los gritos de su conciencia contra los cuales intenta resistirse y asegurar su triunfo, mandando comisarios romanos á todos los pueblos y naciones á él sometidos, y en especial á la Judea con el orden de inscribir el nombre de cada uno de sus esclavos...

Pero ¡ay! no sin razón se lo temía; entre los nacidos se encuentra el Niño Dios, el niño que una vez hombre dice al mismo Emperador sin inmutarse: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios,» que destruye los falsos dioses; que sobre las ruinas de Roma antigua levanta el Templo de la Cristiandad, la Roma moderna que ilumina á todas

las naciones y que todas las naciones en ella adoran á este Niño nacido en Betlhem, Hijo del Eterno Padre, Rey de Reyes y Emperadores, Maestro de imperios y naciones, de sabios é ignorantes, de grandes y pequeños, de pobres y poderosos. Vemos como los templos de Marte, Venus y Minerva se hundan á sus pies y la pura, santa y verdadera divinidad de este Niño encaminada á la redención de la humanidad, alza los cimientos de una nueva fe sobre sus testas coronadas. A los honores, tributos y distinciones derrumbarse dejando de nacer del poder y la prosperidad; morir las falsas y alegres divinidades; á la gloria, el falso honor, la ostentación, la vanidad y el placer sin templos, ni dioses, y á la desgracia, la adversidad, el infortunio y el dolor rodeados del apoyo, del alivio y del consuelo.

Y sin embargo el Dios de tanto bien, de tanto poder y grandeza, corre al destierro, es perseguido, coronado de espigas, crucificado y muerto ignominiosamente por quien goza de tantos dones, riqueza y bienestar, por quien le debe la salvación de su alma y el bien empireo de la gloria eterna.

Y por último admiramos como del nacimiento de este Niño Dios dimanan los consuelos para el Cristianismo, la calma para nuestros sufrimientos, el bálsamo para nuestras penas y la esperanza en la fe de una virtud santa para el porvenir.

III

Esto y mucho más es lo que en espeso torbellino asalta nuestra mente confundido con los gritos de los pequeños, las risas de los mayores y las emociones de los grandes...

Seamos nobles de corazón y grandes de espíritu, postrémonos ante el Hombre Dios como lo hicieron los pastores de Betlhem, tiernos, puros y sencillos, guiados por la estrella de la razón y dejemos que nuestros labios murmuren el cántico que entonen nuestras almas en alabanza á su Criador.

¡Oh, sí; bendito una y mil veces sea este día!

Regocijémonos de ser los amantes del vencedor del demo-

nio y los amados del que es misericordioso y benigno para nuestras faltas; alegrémonos de ser los súbditos de un poder cuyo lema es la igualdad, de respetar una ley exenta de dignidades y categorías, de honores y riquezas, de seguir una doctrina llena de amor y caridad, de fortalecer nuestras almas con la práctica de sanos preceptos para combatir la oposición á nuestras creencias y de manifestar con el derecho que nos reviste esta causa que al grito de ¡Hossanna! nos está encomendada la destrucción de todas las esclavitudes y la entronización de la santa libertad.

JUAN GUELL Y FERRER.

Barcelona, Diciembre 1902.

Fragmentos del poema "Ola negra"

CANTO PRIMERO

Alegre, como el nido
de parda golondrina aventurera,
estaba aquel *palacio*, construído
en mitad por mitad de una pradera;
de bajo techo y claridad escasa,
para todo el que pasa
de par en par la puerta noche y día,
se ve en aquella casa
la grande pequeñez de la alquería.
A sus muros, que son de barro y piedra,
jamás el tiempo destructor arredra,
pues al par que de verde entapizado,
la trepadora yedra
compasiva les sirve de cayado.
Y en verdad, ¿de los años que tenía,
que le importa la huella penetrante,
si en ella viven en consorcio amante
la ventura, la paz y la alegría?
¿Si allí pasan dichosos,
en laboriosa y útil convertida,
la *descansada vida*,
que alaba fray Lufs, los dos esposos?

Y amándose los dos exactamente,
 y un poco más, que un niño á otro niño,
 reparten su cariño
 con dos vacas que braman dulcemente,
 surcan la tierra y, como viva fuente,
 manan leche más blanca que el armiño.
 En torno de la casa, peregrinas
 discurren las gallinas;
 el gato marrullero,
 haciéndose el dormido,
 con el ojo avizor y atento oído,
 atisba el agujero
 donde algún roedor, tal vez, asoma;
 descende la paloma
 en el hueco á anidar de las paredes;
 canta el gallo de cresta purpurina;
 bala la oveja, el jilguerillo trina
 y... gruñe el cerdo—con perdón de ustedes—;
 y habita en el portal constantemente,
 defendiendo la casa de ladrones,
 un perro tan valiente,
 que ladrando á la gente
 remienda alguna vez los pantalones.

CANTO III

VI

—¿A la huelga otra vez?, ¿y tan temprano
 te vas y dejas en dolor sumidos
 estos dos seres, antes tan queridos,
 que otro apoyo no tienen que tu mano?
 ¿Te vas y no me atiendes?
 ¿Qué has de seguir en huelga tantos días
 como ordene el maldito compañero?
 ¿Era eso lo que antes me decías?
 ¡No te marches!, ¡espera!, ¿qué pretendes?...
 ¡No, no te irás de aquí!... Porqué primero...
 ¡que! ¿me amenazas? ¡mátame, si quieres!
 pero á la huelga ¡no! Yo te lo exijo
 en nombre de tus únicos deberes,
 ¡en el nombre de Dios y de tus hijos!

VII

Y se marchó, Dios mío, y todo en vano;
 no vale mi cariño,

no vale de este niño
 la vida contra el bárbaro tirano...
 ¡Tirano sí! que es causa manifiesta
 de todos los horrores...
 ¡A los señores dice que de esta
 y vive como viven los señores!
 Y si alguno al ver esto; arrepentido
 volviese atrás la cara,
 traidor seguidamente le declara
 en todos los *diarios* del partido.
 ¿Traidor por qué? Porque al mirar sumida
 en miseria espantosa su vivienda,
 cerradas ya las puertas de la tienda,
 la masera barrida,
 ni un átomo siquiera de comida
 en el negro interior de la cazuela;
 y en él los ojos fijos,
 le piden pan sus hijos,
 cuando vienen corriendo de la escuela...
 Presa entonces de horrible paroxismo,
 marcha y en busca desolado vuela
 de trabajo, ó de vida, que es lo mismo,
 de la existencia en la feroz pelea...
 ¿Y por eso es traidor? ¡Qué despotismo!
 ¡Señor, Señor! Si esto es socialismo,
 ¡una y mil veces maldecido sea!

VIII

Pero, ¿estoy loca yo, que no le atiendo,
 y mi hijo es de lágrimas un río?
 ¡No llores, voy corriendo!
 ¡No llores hijo mío!
 Toma, toma la sangre de mis venas,
 y aumenta así tu vida con mi vida...
 pero... ¡yo soy perdida!
 ¡Si ya no tengo que le dar apenas!
 Ahora... ¡Nada más!... Así... caliente...
 Duerme, duerme, mi niño,
 que velando tu cuna mi cariño
 puedes, hijo, dormir tranquilamente...
 Duerme, duerme, mi niño; ¡quién pudiera,
 sin sospechar siquiera
 que existen en el mundo desengaños,
 como tú, aún dormir horas dichosas!..

¡Oh, Dios! ¡Felices años
en que uno no se entera de las cosas!
Duerme, duerme, mi niño, sin recelo,
mientras tu madre junto á tí suspira.
Si perecemos... ¡mira
que tierra más hermosa es la del cielo!

V. DE LILLO Y HEVIA

Presbítero.

GRANDEZA DE UN CURA

(CONTINUACIÓN.)

«Esa obra es pura demencia; el suelo resulta endeble, y, por añadidura, se ha elegido un paraje donde la humedad, enemiga capitalísima de los *montañeses*, impera como en ningún otro»—así decían los adversarios del emplazamiento.—Para mí tengo que los buenos señores (reconocamos en algunos de ellos la honrada intención) soñaban con charcas, y con lagunas, y entreveían la perspectiva de un pueblo que oye Misa embarcado en lanchones, sostenido en boyas, ó flotando gracias á las vejigas clásicas, porque las aguas del imaginario *lago Asfaltites*, pestífero y mortal, llegan hasta cubrir el zócalo de las columnas del Templo, y el último escalón de los que dan acceso á la Capilla Mayor... ¡Ah!... el agua...; el agua estaba en otra parte, y no era, por cierto, *agua bendita*. Se pretendía sumergir el pensamiento de un nuevo Santuario en la marejada de las opiniones contrapuestas; pero la humana pequeñez descontaba lo que no puede faltar jamás, lo que preside á toda obra de caridad y de justicia; el espíritu de Dios, que, según la figura del Génesis, flota sobre esas corrompidas aguas, y sobre todo el oleaje de pasiones que, á cada segundo, levanta en la vida el Génio funesto de la contradicción.

Los pocos entusiasmados reafirmaron su confianza en aquella fiesta de la *primera piedra*; los tibios sintieron el cosquilleo del «¿quién sabe?», que es el principio de la es-

peranza, como la esperanza es la inicial de todo calor, de todo movimiento, de todo proyecto colosal... Y así, caldeándose la atmósfera, y avanzando la obra de salud, llegó un día venturoso, nueve años después, el 14 de Agosto de 1901, y otra vez dos Obispos, el de Santander y el de Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo, apeáronse del *tren Cantábrico* en la estación de Torrelavega, y eran saludados por inmensa multitud, radiante de júbilo, compuesta de la casi totalidad del vecindario y de número crecidísimo de los forasteros. Aquella tarde bendijo la nueva iglesia el Diocesano, y, tras la severa ceremonia, se organizó una solemnidad todavía más augusta, la de trasladar *el Santísimo* y la imagen de la *Virgen Grande*, patrona de la antigua Parroquia, al Templo que se inauguraba; cortejo magnífico, demostración sublime de fe, presidida por los dos Obispos, acompañados de los Gobernadores Civil y Militar de la Provincia, de los Presidentes de la Diputación y de la Audiencia de Santander, del Jefe Económico, de Senadores, Diputados, Títulos del Reino y otros notables *montañeses* y forasteros... Alternando con todos ellos marchaban las Autoridades de la Ciudad y gran número de Sacerdotes, y, por último, millares y millares de personas, con velas encendidas, formaron el séquito ingente del Santo de los Santos y de la Madre Virgen Corredentora.

Volteaban las campanas de las dos iglesias, y sus ecos repercutían en las almas con idéntica grata impresión. Los sonoros bronces del Templo recién abierto, contaban al valle hermosísimo, en medio del cual asienta su trono la ciudad teatro de los sucesos que refiero, las grandes nupcias del nuevo Tabernáculo con el Supremo Huésped que se vecinaba; y las campanas inolvidables de la iglesia vieja, cual si concentraran en su cavidad los alientos de mil corazones, repetían pregoneras el ¡Viva! eterno de la Fe; no lloraban, no, la falsa orfandad de sus altares, porque allí, bajo las antiguas naves, sobre el Ara bendita, junto al Sagrario, la virtud renovadora del ministerio sa-

cerdotal, en la más sublime de sus funciones, convertiría una y mil veces el pan y el vino, en el Cuerpo de Jesús y en la Sangre inmaculada para nuestra redención vertida. Entre campanas y campanas, entre uno y otro Templo, entre uno y otro Culto no caben antagonismos. Todos son hermanos, porque idéntica fe los sostiene para que sean vigías en medio de los pueblos; y en todos reine el Corazón que no se divide, que no se empequeñece, que no es de éstos, ni de los otros, sino de la Humanidad entera; siempre igual, y absoluto, y soberano... Las lenguas de bronce predicaban la misma homilía: unión en Cristo, fraternidad... Y si fuera posible que algunos entendiesen la honda plática de muros y bóvedas, Altares y columnas, seguramente hubieran escuchado en aquel día el himno trémulo de amor y de ventura que el viejo Tabernáculo entonaba, sintiéndose renacido en la nueva morada del Señor... ¡Ah!... entre la Iglesia donde todos los torrelaveguenses hemos surgido á la vida espiritual, y esta otra iglesia desde cuyo púlpito se predicará el verbo de salud á las nuevas generaciones, existen vínculos de maternidad y filiación... La madre es el viejo Templo de antaño, pues bajo sus bóvedas sencillas conservó nuestra fe, y supo alentarla para la magna empresa, la palabra de un apóstol, encendida en el amor de Dios; y manifestación de esa fe cristiana es la fábrica imponente que hoy se ostenta para orgullo nuestro en medio de la incomparable vega montañesa.

Un día llegará, mediante la acción destructora del tiempo, en que venga á tierra el Santuario de ayer, y quizá no se encuentre un espíritu superior que le alce por segunda vez de sus propios escombros; y entonces, si las ruinas hablaran como hombres, ya que existen hombres que discurren como ruinas, nos enseñarían la paz de su dichoso morir; nos mostrarían la dirección hacia el Templo nuevo, suficiente cátedra de santidad para nuestro pueblo, y sin bajas pasiones que una madre no puede abrigar contra su hijo, cantarían en su hora postrimera la Acción Providencial que apila sillares y enlaza bóvedas en la última de

cena de un siglo impío, para que jamás carezcan los pecadores de una campana que los llame, de un Templo que los guardezca, de un Tabernáculo que los conforte, de una cátedra que los enseñe.

• ¿Cómo no aprender en el concertado lenguaje de los dos campanarios la lección del tiempo venidero? Camina el solemne cortejo hacia los nuevos Altares para dejar en la magnificencia del trono recién fabricado al Rey de la Gloria... Sepárase poco á poco de la vieja Iglesia, venerabilísima, pero insuficiente para las necesidades del piadoso vecindario, y se acerca, en cambio, al soberbio monumento que la generosidad cristiana erigió, remediando aquel desequilibrio por largos años clamoreado. En todos los semblantes refléjase la intensa llama de las grandes ternuras; en todos los corazones alienta la esperanza; sonríe dulcemente á su dicha una generación que acaba de conquistar el derecho á tener historia, y desde las alturas, hendiendo los aires con sus notas vibrantes, los bronces pregonan que un pueblo confesor de Cristo marcha en aquella noche memorable buscando la futura santificación en el Tabernáculo del porvenir.

Yo no oí á las campanas de mi pueblo el día 14 de Agosto de 1902, y, sin embargo, desde aquí percibe mi fe su claro lenguaje; otros alcanzaron la suerte de oírlas, y para algunos fué inútil ventura, porque no las supieron entender. Lástima grande que llamándose como se llaman, partidarios *de lo tradicional*, con evidente propósito de mermar el Culto en el Templo nuevo, no recuerden la verdadera *tradicción* de los hijos y de los creyentes!... Porque un buen hijo reserva la mejor habitación de su casa para que la disfrute su venerado padre; y el creyente se ingenia en su afán de levantar á Dios más digno Santuario, á fin de que se propague y ostente, abillantando el Culto público, la Fe de Jesucristo... Y tal es, y no otro, el *tradicionalismo* que los benditos bronces predicaban; y por eso, la voz unánime de sus lenguas metálicas, fraternalmente confundidas las de una y otra iglesia, fué la nota culminante de aquel solemne atardecer.

¡Hora grande, hora única!... Tan hermosa, tan intensa fuiste, y tan superior á los merecimientos humanos, que no puedes llegar más de una vez en la vida, si ha de resistir á la impresión de tu caricia nuestro desmayado espíritu... ¡Hora santa!... ¡Qué mejor preludio cabría elegir para las festividades sucesivas, que la marcha triunfal del Rey de los Reyes, desde uno á otro Sagrario, bendiciendo y santificando al pueblo creyente que le ofrecía con abundante corazón el sacrificio de Abel!

Dios quiso prohiar aquellas fiestas; y así fueron éllas, nunca vistas, espléndidas. Los días 15, 16 y 17 de Agosto celebráronse misas de Pontifical, oficiando en la primera el Illmo. Sr. Obispo de Zamora, D. Luis Felipe Ortiz, montañés insigne, llegado á mi pueblo aquella mañana misma; en la segunda el Illmo. Sr. D. José Tomás de Mazarrasa, otro esclarecido montañés, Obispo de Filipópolis, y en la tercera el Diocesano, esa lumbrera del púlpito que hace ya bastantes años ilustró el de la antigua Colegiata de Santa Ana en esta misma capital, y que el día de la Asunción supo cautivar los ánimos del numerosísimo auditorio, cantando en la estrenada Cátedra de mi pueblo las grandezas de la Virgen, su protección á Torrelavega y el pío reconocimiento de la Ciudad. El 16 llegó de Madrid el Nuncio Apostólico, celebrando al siguiente día misa rezada, y asistiendo con los demás Prelados á la última Pontifical, y á una gratísima sesión de honor que los elementos católicos del pueblo, con el valioso auxilio de mi elocuente colega, el abogado del Estado en Santander Ramón de Solano y Polanco, dedicaron á los Príncipes de la Iglesia.

El día 15, á media tarde, organizóse, como de costumbre, la procesión de la *Virgen Grande*, tierno y nutridísimo acto de fervor, que fué presidido por los Obispos y las Autoridades de la Capital y de Torrelavega. La Compañía de Jesús, siempre en la vanguardia, envió tres *Padres*, oradores de primera fuerza, que supieron colmar el entusiasmo de los oyentes, ponderando, en las tres funciones respectivas,

las sublimidades y la eficaz medicina del Cristianismo. Fué lástima grande que el Sr. Arzobispo de Valladolid, también preclaro montañés, D. José María de Cos, sintiérase indispuerto en los días anteriores al comienzo de las fiestas, y continuara enfermo durante el curso de las mismas; pues mi pueblo que le saluda con respetuoso cariño todos los años, cuando le ve pasar en busca de reposo hacia su amadísima *patria chica*, el Valle de Cabuérniga; encontróse, á lo mejor de sus afanes, sin la honra del preciado saludo, y sin el gusto de oír el sermón ofrecido para el último día del grandioso tríduo... Faltaron también á la cita contra toda su voluntad, los Sres. Obispos de Lugo y Canarias. La mucha distancia, los muchos años, los abundantes cuidados pastorales, todo junto quizá, retúvolos en sus respectivas Diócesis, lejos del pueblo que ansiosamente los esperaba.

Historiador sin arte; pero de conciencia, ofrezco el relato fiel de los acontecimientos que ocurrieron un año ha. Con éllo he pretendido que te impongas, lector, del concurso que prestaron la Iglesia y la Montaña toda á la inauguración de la nueva Parroquia de mi pueblo. Una solemnidad que basta para congregár al representante del Pontífice, á tres Obispos, á buen número de Primate, á decenas y decenas de Sacerdotes y á seis mil forasteros que llegaron por ferrocarril, amén de los racimos humanos que la simpatía y la curiosidad empujaban por llanuras y vericuetos, por anchos caminos ó por difíciles atajos, en dirección al *centro* que atraía los corazones; una solemnidad tal, aunque ocurriese á ciento cincuenta leguas de la floreciente Barcelona, y en tierra no catalana, mas en la propia Fe que ilumina tu espíritu caldeada y encendida;... ¿no es verdad que la tienes por merecedora de la notoriedad, aquí y donde quiera, aunque sólo valiese para enseñar al mundo que en las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos del siglo XX, un pueblo de cinco mil almas emplea dos largos millones de reales en levantar un templo al Señor; y la nutrida representación de la Provincia

entera, con ilustres Obispos y Próceres al frente, únese á los habitantes de la escogida grey, centuplicando así el brío del *Credo* inmenso que estremece la vega, y cuyos ecos los cóncavos de las vecinas montañas recogen, como para guardar la palabra empeñada de una fe perenne, y convertirse mañana en terribles fiscales de la generación proterva que olvide á su Dios?

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ Y RAMÓN.

(*Se continuará*)

Revista de la Quincena

La cuestión del Catecismo y el nuevo Gobierno.—El Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo.

Ya sabemos, *por ahora*, á que atenernos en lo tocante al pleito sobre la lengua en que se deba ó pueda enseñar la Doctrina Cristiana, suscitado con motivo del malhadado Decreto del conde de Romanones. Sabemos á qué atenernos, por más que el pleito no ha sido fallado en primera ni en segunda instancia, ni en ninguna de ellas, á pesar de todas las que se han elevado al Gobierno de S. M., que no han sido pocas. Creían muchos,—y nosotros andábamos muy cerca de ellos, y así lo expresábamos en nuestra anterior Revista—que el nuevo Gobierno, en consonancia con los bríos de que hacía alarde, á su significación aparente y á las facilidades que le prodigaba la buena acogida que unánimemente se le dispensó, habría dado satisfacción condigna á los fueros religioso y de ciudadanía torpemente atropellados, revocando el Real Decreto que vulnera los derechos de los Prelados y ataca las conveniencias de la enseñanza. Pero olvidábamos dos puntos muy esenciales: que el actual Gobierno, en fuerza de conjunciones y componendas—donde, por lo que se ve, el injerto prepondera sobre el tronco—ya casi no es conservador; y que el Sr. Silvela, que nominalmente lo preside, lejos de haber sanado de su inveterada poquedad y vigorizado sus débiles energías, es el mismo de la otra vez, el que subió con Durán y Polavieja para ofrecer esperanzas á los regionalistas, y luego echó desairadamente de su lado á ambos personajes; el que levantó consigo á los marqueses de Pidal y del Vadillo y al Sr. Sánchez Toca, como garantía de los intereses católicos, y se dejó caer arrollado á los pasajeros embates de un drama mediocre.

No ha mejorado, nó, de entonces acá el Sr. Silvela, que es sin duda un gran político en la oposición, pero á quien sus veleidades,

provenientes de la total carencia de energías, impiden sentar plaza de estadista. Y que esa su debilidad subsiste con caracteres de cronidad, pruébanlo los primeros pasos en la nueva etapa del poder, y más que otro hecho alguno, el acuerdo recaído en la cuestión del Catecismo, acuerdo del cual viene á ser digno corolario la contestación dada por el propio Sr. Silvela al Mensaje que el Ateneo y las sociedades económicas de Barcelona tuvieron la honra de elevar á S. M. el Rey.

En virtud de este acuerdo se declara sin efecto el Decreto del conde de Romanones, pero no se le deroga: lo cual significa que el actual Gobierno se compromete á no aplicarlo, mas el decreto queda vigente á disposición de cualquier ministro sectario ó inspector de Instrucción pública quimerista y atolondrado. Consideradas así las cosas, nada en puridad se ha conseguido contra las pretensiones del conde de Romanones, porque éste ya concedía cuanto se ha servido darnos el Gobierno actual, toda vez que, convencido de la impropiedad de su decreto, ofreció no aplicarlo, obstinándose tan sólo en no derogarlo. Pues esta era precisamente la tarea que debía imponerse al Gobierno de los señores Silvela y Maura, la derogación del odioso Decreto, como único medio de dar satisfacción cumplida á los sentimientos y restablecer los derechos de los católicos de Cataluña, Galicia, las Vascongadas y todas las regiones donde se reza en el lenguaje de las madres. Y mayor responsabilidad en este punto puede exigirse al Gabinete liberal conservador que al propio conde de Romanones, porque es más concebible que éste procurase conservar una obra que, después de todo, era suya, que no el que los contrarios se la respeten, mayormente queriendo éstos ostentar una significación decididamente ortodoxa.

No hay razón alguna que abone la lenidad del Gobierno para con el Decreto del anterior Ministro de Instrucción pública. Desde el momento en que se le declara sin efecto es porqué se le considera inaplicable ó perjudicial. ¿Por qué, pues, no se le deroga? Dícese que esto provocaría el descontento de ciertos elementos de Madrid. Pero ¿es que estos elementos son todo Madrid y que Madrid es toda España? ¿Dónde se deja los derechos de las regiones, lo que debe subsistir, según el discurso pronunciado por el Sr. Silvela al entregarle D. Alejandro Pidal la jefatura del partido conservador? ¿O es que la descentralización de que el Gobierno hace alarde ha de consistir cabalmente en la paradoja de pretender regular la ordenación de pagos de los Ayuntamientos y Diputaciones, centralizando así más y más las funciones de estas entidades?

Peró hay más: según ha reconocido el Gobierno, el Decreto del conde de Romanones es opuesto á la Ley de Instrucción pública de 1857, todavía vigente. Ahora bien; si nunca un Decreto puede

prevalecer sobre una Ley, ¿por qué no es declarado improcedente el que tanta polvoreda ha levantado? ¿Por qué se continúa considerándole vigente, aunque sin efecto, *por ahora*? No diremos que se procese, por haber faltado á la Ley, al ministro que lo dictó, porque ya sabemos que en España resultan siempre irresponsables los ministros responsables; pero de esto á respetar tan debatida disposición, va una distancia inmensa: la que media entre constituirse en juez y declararse cómplice. Ni basta para cohonestar semejante proceder, acudir á la socorrida teoría de que no es conveniente que á cada cambio de Gobierno se arrumbe con lo anteriormente hecho, porque sobre que siempre se debe prescindir de lo malo, no es el conde de Romanones quien merece mayores miramientos desde este punto de vista, puesto que él echó abajo, sin escrúpulo alguno, toda la obra de sus antecesores, introduciendo en la enseñanza una anarquía cuyas consecuencias habrán de ser desastrosas; ni es el Sr. Silvela el más indicado para proclamar aquella teoría, ya que en la anterior etapa conservadora y bajo su presidencia, el Sr. García Alix derogó por completo el plan de enseñanza que el marqués de Pidal había decretado pocos meses antes con la aquiescencia del mismo Sr. Silvela.

De intento hemos omitido el referirnos directamente al actual ministro de Instrucción pública, porque siendo la de que se trata una cuestión del Gobierno en pleno, ninguna iniciativa, más que su propio consejo, ha podido hasta ahora llevar á ella el señor Allendesalazar, y no tenemos derecho á dudar de las manifestaciones que se sirve hacer en la atenta carta contestación á nuestro telegrama y que se inserta en la Sección Oficial del presente número, según las cuales procuraría en todo lo posible acceder á nuestros deseos.

Vago es, si se quiere, el contenido de la epístola, pero así y todo muy preferible á la contestación del Sr. Silvela al Mensaje del Ateneo y Sociedades económicas donde, á vuelta de una retórica exquisita que prueba una vez más el dominio que del habla castellana tiene el Presidente del Consejo, se acaba por no saber cual es su criterio en asunto tan sobado, puesto que la vaguedad degenera á veces en contradicción manifiesta.

Con todo, no ha sido totalmente estéril el esfuerzo de los que, desde diversos estadios, protestamos contra el Decreto del conde de Romanones, porque si no hemos podido alcanzar su definitiva derogación, al menos hemos conseguido que se le deje sin efecto, lo que probablemente no hubiera sucedido si no hubiésemos levantado la voz hasta las alturas del Poder; y esto debe persuadir á los elementos católicos á vivir ojo avizor, abandonando estériles retraimientos y tomando parte activa en el desenvolvimiento de la

cosa pública, para encauzarlo con todas nuestras fuerzas según el criterio cristiano, que debe sobreponerse á todo, para que los Estados cumplan su propia finalidad natural y divina.

**

¡Qué solemnidad tan grandiosa la del domingo último en el Tibidabo! En la misma cumbre del elevado monte, á 530 metros sobre el nivel del mar; ante un panorama espléndido de montañas, valles, ríos, llanuras y blanquecinos pueblos, y enfrente el mar, cuyas líneas indefinidas se perdían en la bruma; sobre la gigantesca ciudad Condal, *de riu á riu ja estesa*, según la expresión del inolvidable mosén Jacinto Verdaguer, y bajo un cielo radiante, sin una nube, diáfano; y sublimada la naturaleza con los ardorosos destellos del sol, que brillaba en todo su esplendor; el cardenal Casañas, asistido por los Prelados de Lérida y Solsona, bendecía la primera piedra del templo que según el pensamiento del venerable D. Juan Bosco y por iniciativa de los Rdos. PP. Salesianos, ha de erigirse en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

La elevación de la Hostia Santa en la misa que á campo abierto celebró el señor Obispo de Lérida, el estruendo de los morteretes, los majestuosos acordes de la Marcha Real, la procesión hormigueando por la cuesta, las venerandas siluetas de los Prelados revestidos de pontifical, y el gentío inmenso que todo lo invadía en medio del mayor orden y con frecuentes manifestaciones de entusiasmo, formaban un conjunto imponente del que se desprendía una fuerza irresistible que levantaba la mente hasta Dios y el sentimiento y la voluntad á las alturas de la más ardiente fe, impulsando al pueblo de Barcelona á la realización de la grandiosa obra de entronizar al Sagrado Corazón de Jesús en la cúspide de su más elevado monte, como París lo entronizó en Montmartre, erigiéndole un templo digno del fervor de un pueblo que honra á la Cristiandad.

La iglesia, proyectada por el arquitecto Sr. Sagnier, tendrá una altura de 50 metros por 35 de longitud y 30 de anchura, y en la parte superior, sobre una cúpula atrevidísima, se elevará una imagen del Sagrado Corazón, que alcanzará siete metros.

La empresa es costosísima y por ende difícil; pero los barceloneses la han hecho suya y en Dios esperamos que sabrán responder debidamente á su entusiasmo.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.